



## Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



# X – El juicio al monje maldito

## 9 – El arte de Ibrahīm rescatando cautivos

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2022  
Número de páginas: 7  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## X.9 – El arte de Ibrahim rescatando cautivos



**T**ras pronunciar esa soflama ante los cautivos musulmanes, Ibrahim se retiró aclamado por todos los prisioneros, y regresó al palacio de Marín, flanqueado, como siempre, de sus dos compañeros. A la mañana siguiente se presentaron ante el Consejo de Federico, que se levantó para recibirles, tal y como acostumbraba. Edamor y Saad se fueron a sus respectivos asientos, pero Ibrahim se quedó allí plantado de pie, ceñudo y con la mirada de un león furioso.

– ¿Qué te pasa, hijo del Korani? –se inquietó el emperador– Me da la impresión de que hoy andas bastante contrariado. ¿Por qué no te sientas en tu sitio?

– Por la vida de nuestro señor el sultán, *babb*; no pienso sentarme hasta que hayas accedido a una petición que voy a hacerte.

– Faltaría más; dime solo de qué se trata y dalo por hecho.

– *Babb*, yo tenía entendido, y así lo había oído, que tú eras un hombre justo; pero desde que he llegado aquí, jamás te he visto actuar con equidad.

– ¿Qué palabras son esas, hijo del Korani? ¿Cuándo me has visto tú tomar una decisión que no fuera conforme a la ley?

– ¿Es que, entre los reyes francos, cuando reciben a un embajador, no existe la costumbre de liberar a los cautivos, sean de donde sean? Con más razón aún si se trata de un embajador como Edamor, enviado por un gran rey, que es como la sombra de Dios sobre Su tierra. Pero resulta que hace ya bastante tiempo que estamos contigo, y no has liberado ni a un prisionero.

– Has de saber, hijo del Korani, que yo, emperador de los francos, siempre he tenido a gala hacer reinar la justicia en este país; por esa razón no tenemos cautivos en mis tierras.

– ¿No te da vergüenza contarme tales mentiras, *babb*? –exclamó Ibrahim– Yo he visto con mis propios ojos en un caravasar del zoco –y le describió el lugar con pelos y señales– a doce mil cautivos musulmanes en unas condiciones abominables.

En esa embarzosa situación, al haberle pillado en el flagrante delito de mentir, en presencia de los grandes de su reino, Federico se alteró por un instante, y luego respondió:

– En realidad, hijo del Korani, no puedes reprocharme el haber ocultado a esos prisioneros: de todos los que has visto, lo que se dice míos no son más de diez; los grandes de mi reino puede que tengan, a lo más, veinte o treinta, y el resto, pertenece a mis súbditos. Por deferencia hacia ti, estoy dispuesto a dar la libertad a los míos, y a los de los dignatarios de la Corte. Pero, yo no puedo obligar a mis ciudadanos a hacer lo mismo con los suyos; ellos los compraron con sus ahorros, y en ese caso, cometería una enorme injusticia con ellos.

– Sin duda, sin duda, *babb*; pero ¿y si yo te propusiera comprárselos con mi propio dinero? ¿Qué te parecería?

– ¿Tú? ¿tú estarías dispuesto a volver a comprarlos?

– Desde luego.

– ¡Pues en ese caso, yo no veo ningún inconveniente! ¿Cómo quieres que procedamos?

– Es muy sencillo, *babb*: convoca a los propietarios, reúnelos en tu palacio, y yo compraré todo el lote.

Federico mandó entonces a los pregoneros a que informaran a toda la ciudadanía del siguiente decreto:

*“Por orden del babb Federico, se hace saber que, todo el que posea un cautivo, tendrá que presentarse mañana en el palacio real, a las tres de la tarde. Todo el que incumpla esta orden será sancionado conforme a la ley”.*

Al día siguiente, y a la hora prevista, Federico y todos los miembros de su Consejo se reunieron en el pabellón exterior del palacio; sentándose en unos lujosos escaños dispuestos especialmente a tal efecto. Ibrahim no tardó en unirse a ellos, acompañado de Saad y de Edamor. Instantes más tarde, vieron llegar a los propietarios de los cautivos, que, ¡oh, casualidad! todos pertenecían a la clase más acomodada: allí había condes, cónsules y grandes patricios. Cuando toda aquella élite de propietarios estuvo reunida, Ibrahim se puso manos a la obra.

– Tú, *ghandar* –le dijo al primero–: ¿Cómo te llamas tú?

– Paulus.

– ¿Cuántos prisioneros tienes?

– Cuatro.

– ¿Desde cuándo están en tu casa?

– Desde hace diez años.

– ¿Por cuánto los compraste?

– Por el primero pagué cuarenta ducados, por el segundo, cien; en fin; doscientos ducados por los cuatro.

– Anota bien todo esto –ordenó Ibrahim al jefe de los escribanos–: el nombre, la duración y el precio de compra.

Luego, interrogó al segundo, después, al tercero, y así sucesivamente, haciendo que se anotaran todas las respuestas por escrito. Cuando hubo terminado, cogió la lista que, como se pueden imaginar era de unas dimensiones más que generosas, y llamó al primero; un conde llamado Paulus.

– Así que, Paulus, tú compraste a estos cuatro cautivos por doscientos ducados, y han estado trabajando para ti durante diez años... Pero, dime, *babb* –prosiguió dirigiéndose a Federico–, ¿un hombre libre puede ser poseído como esclavo?

– No, por el honor de mi religión, eso es del todo imposible.

– En consecuencia, el conde me debe el salario mínimo que habría tenido que pagar a sus cautivos durante estos diez años. ¿Cuánto gana un jornalero en vuestro país?

– Veinte céntimos de ducado –respondió Federico.

– Entonces, vamos a calcular sobre esta base: si lo que se debe por los salarios es superior al precio de compra, el conde me reembolsará la diferencia, y, en caso contrario, seré yo quien se la pague.

Tras reflexionar un buen rato, Federico tuvo que reconocer que Ibrahim había hablado con justicia.

– *Bono*, hijo del Korani, estoy de acuerdo –concedió Federico.

Pero el conde, tras hacer un rápido cálculo mental, se dio cuenta que iba a perder una cantidad considerable, y se arrojó a los pies de Federico.

– ¡Piedad, oh *babb*! –exclamó– ¡Imploro tu protección!

– Pero es que yo no puedo oponerme a la decisión del hijo del Korani –respondió el emperador.

– Sin duda, oh, *babb*, pero yo te suplico que intercedas ante él para que acepte a estos cautivos como regalo, sin que ninguno de nosotros dos tenga que reembolsar nada.

– ¡Vamos, hijo del Korani, ten un buen gesto! –intercedió Federico– Este hombre te regala sus cautivos, saldando así la cuenta.

– Sea, *babb* –aprobó Ibrahim–; si te doy gusto con ello, no veo ningún inconveniente.

Todos los demás propietarios, al hacer el mismo cálculo, con similar resultado, se apresuraron a imitar este ejemplo, e hicieron donación de todos los cautivos a Ibrahim.

– Bueno, ya solo me queda una cosa que pedirte, *babb* –le indicó Ibrahim a propósito de la transacción.

– ¿De qué se trata?

– De que ordenes a toda esta gente que atiendan a las necesidades de sus antiguos cautivos, desde ahora, hasta que partamos de aquí.

El emperador se comprometió a ello; luego, Ibrahim, Saad y Edamor, escoltados por el mayor de los condes de Federico, se presentaron, tras la sentencia, en el hamam en el que habían encerrado a los cautivos. En cuanto fueron liberados, se formó un tumulto indescriptible; lanzando gritos de alegría, todos se arrojaron a los pies de Ibrahim, besándole las manos e invocando a Dios en su favor.

– A partir de ahora sois hombres libres, amigos míos –les dijo el León del Horân–. Bajad al puerto y esperad allí hasta nuestra partida.

Resumiendo, todos felices y frotándose las manos de la buena jugada que acababan de hacer a los francos, Ibrahim y sus compañeros se marcharon al palacio de Marín, en donde pasaron la noche.

A la mañana siguiente, los tres compañeros se levantaron, procedieron a hacer sus abluciones, cumplieron con la plegaria del alba y recitaron algunos versículos en honor del Profeta, antes de tomar el desayuno.

– Vamos, ven conmigo, Saad –dijo Ibrahim a su primo–; vamos a visitar a los cautivos y ver cómo han pasado la noche, pues ahora están bajo nuestra responsabilidad.

– Tienes razón, viejo hermano, hay que ir a ver.

Así que partieron los tres y bajaron hasta el puerto, en donde encontraron a los cautivos llorando, gimiendo y profiriendo tales lamentos que partían el alma. Cuando vieron llegar a Ibrahim, redoblaron sus gritos y se precipitaron hacia él.

– ¡Piedad, Ibrahim! –le gritaban– Tú has empezado por traernos la libertad, pero no te quedes a la mitad de camino. ¡No podemos más!

– Pero ¿qué es lo que os pasa? –se extrañó Ibrahim– ¿No os han traído nada que comer?

– Por la comida, nada que objetar; pero fíjate bien en estos harapos que llevamos. Cuando estábamos presos, al menos dormíamos protegidos por cuatro muros, y la cosa era pasable, pero esta noche, en la playa, ¡hemos estado a punto de perecer de frío!

– No os preocupéis, que, con la ayuda de Dios, me las voy a arreglar para que, desde esta noche, tengáis unas tiendas, colchones, y todo lo necesario.

Ibrahim regresó de inmediato al palacio de Federico y penetró en la sala del Consejo poniendo su peor cara.

– Y bien, hijo del Korani, me da la impresión de que esta mañana no andas de muy buen humor –se inquietó el *babb*– Y ahora, ¿qué te sucede?

– ¡Oh, tengo muy buenas razones para estar así, *babb*! El espectáculo de la injusticia no es nada placentero...

– ¿De qué injusticia me hablas, ahora?

– De esos cautivos que hemos liberado; nosotros hemos comenzado a ayudarles, pero nos hemos parado a medio camino. Los desgraciados no han podido pegar ojo en toda la noche del frío que tenían. Hay que llevarles inmediatamente tiendas, colchones y mantas; además, para cuando vayan a partir, necesitarán monturas y armas para defenderse, en caso de que les ataquen a su paso por tierras de francos.

– No se hable más, aunque no sea más que por darte ese gusto, voy a enviarles ahora mismo unas tiendas. Pero del avituallamiento, los animales y las armas, yo no me ocupo.

– Pues bien, no importa, envía las tiendas, y ordena a los antiguos propietarios de los esclavos que le proporcionen todo lo demás –le sugirió Ibrahim con su acostumbrado aplomo.

– ¡Francamente, *figlione*, estás exagerando! –protestó el emperador– Ya les hemos confiscado sus esclavos sin ninguna contrapartida, les hemos obligado a alimentarles, y ahora ¿aún quieres que les proporcionen armas y caballos?

– Escucha, babb; ellos les han explotado durante años, ¡bien pueden mostrar ahora un poco de caridad! Haz lo que te digo, y cantaré tus loas a los cuatro vientos por toda la tierra.

– Está bien, sea –aceptó Federico.

El emperador tenía en sus almacenes un gran número de tiendas militares, de cincuenta plazas cada una, pasablemente usadas, pero todavía sólidas; se las envió inmediatamente a los cautivos; luego, avisó a sus antiguos dueños a que se plegaran a los deseos de Ibrahim. Dos días más tarde, éste, flanqueado de sus dos compañeros, fue a visitar a sus protegidos; los encontró felices y contentos de su suerte, abundantemente provistos de tiendas, colchones, armas y caballos. En cuanto los vieron, se precipitaron ante él y lo acogieron con gritos de alegría y aclamaciones.

– A ver, amigos míos, ¿cómo lo lleváis? –les preguntó Ibrahim.

– Gracias a Dios y a ti, no podemos desear nada más, aparte de regresar a nuestras casas –le respondieron.

– No tardaremos mucho, si Dios quiere: pronto partiré y os llevaré conmigo a vuestros hogares.

Pasó una hora en su compañía, esforzándose en suavizar sus penas con amables palabras; luego, volvió al palacio de Federico, en donde esperó a que se completara la toda la suma del dinero del rescate. Más adelante hablaremos de ello; mientras tanto, volvamos al siniestro Yauán, al que dejamos pudriéndose en las mazmorras.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.10 – Yauán se sale con la suya, pero no se rinde